

### LOBOS MARINOS

No es la primera vez que un animal tiene que sacrificarse, sin ser el marido, por mantener la elegancia de la mujer.

Desde el gusano de seda hasta el mono, pasando por el conejo, el gato, la marta cibelina, el zorro azul, etc., toda la escala zoológica ha ofrecido humildemente sus peñaños para que la belleza femenina ascienda hasta ese trono tan efímero y tan ambicionado de reina de la moda.

Ahora le ha tocado el turno al lobo marino.

Un industrial ha descubierto que su piel - no la del industrial, sino la del lobo - se presta admirablemente para el calzado de lujo, y la Inspección General de Pesca y Caza, condescendiendo con el capricho de las hijas de Eva, ha decretado el exterminio de la especie.

Naturalmente, como sucede siempre en estos casos, para justificar la cruel medida, se ha acumulado infinidad de cargos en contra de la víctima.

Se acusa al lobo marino, de ser inútil y glotón, de romper las redes y de oponerse sistemáticamente al desarrollo de la industria pesquera. El y no los comerciantes minoristas, tan calumniados por la opinión pública, sería el culpable del alto precio del pescado. Su apetito salvaje de acaparador, se burlaría del Comisariato y destruiría los benéficos efectos de la derogación de la ley de la oferta y la demanda. En una palabra, el lobo sería un animal rutinario e intratable, de una glotonería pantagruélica, que según la Dirección de Pesca y Caza, devoraría diariamente una cantidad de peces igual a su propio peso. ¡Sesenta kilos de pescado al día!

Per tratarse de un animal tan comedor y no por satisfacer los gustos refinados de las señoras oligarcas, la Dirección General de Pesca y Caza, lo condena a muerte.

Ni un solo lobo marino ha contestado a las graves inculpaciones que sirven de fundamento a la sentencia. Acaso por sus cabezas, peinadas a la gomina, ha pasado más de una vez la idea de publicar un memorial en descargo de sus procedimientos; pero el instinto de conservación les ha advertido que no son los tiempos para publicaciones y que es menos peligroso correr los riesgos de una ley que discutirla. Ellos son ágiles,

el mar es ancho, saben sumergirse y esperan sacar el cuerpo a las disposiciones del decreto; pero, en privado protestan; ¡vaya que protestan!

En la tarde, cuando los pescadores están lejos y el ruido del mar apaga el rumor de las conversaciones y los inspectores sestean dulcemente en la orilla, las focas sacan del agua sus cráneos de alquitrán, se aproximan a un peñón, suben arrastrándose a la viscosa superficie cubierta de verde "luche", y hablan periquitos de la Dirección de Pesca.

-*Habrás visto*; ¿Desde cuando es un crimen el buen apetito? ¡Condenarnos a muerte porque no nos dejamos morir de hambre; ¡Castigarnos porque pescamos! Y ¿que otra cosa, sino eso, es lo que pretende hacer la Dirección de Pesca y Gaza? En vez de perseguirnos, debiera tomar ejemplo de nosotros. Nadie podrá decir que el pescado escasea. Sobran peces; lo que falta es gente que sepa atraparlos. Nosotros lo hacemos; los pescadores no. Por eso nos envidian. Comprenden que somos más inteligentes que ellos y tratan de suprimirnos. Los mediocres proceden siempre de ese modo. ¡Así anda el mundo! So pretexto de igualdad, hostilizan al que tiene más aptitudes que los otros, trabaja con mejor éxito y se gana la vida por sí mismo. Al que logra vivir, gracias a su esfuerzo, algo mejor que los demás, le critican, le esquilman, le sacan el cuero. Sin metáfore eso es lo que quieren hacer con nosotros: sacarnos el cuero para complacer a unas cuantas señoras elegantes. ¡No hay paciencia! Y todo porque nosotros comemos mucho pescado. ¿No lo comen ellos también? ¿En qué queda la justicia social? ¿Dónde están los ideales democráticos? ¿Cuándo se ha declarado que el pellejo es una función social? Bien está que si pescamos demasiado, se nos quite una parte de las utilidades, en bien de los que no pescan. Aunque en el mar no se estilan así las cosas, porque está de moda el individualismo, sabemos que en la tierra el que trabaja debe alimentar al que no trabaja; pero ¡caramba!, que no nos saquen además el cuero.

Por otra parte, ¿en qué <sup>le</sup> molestamos a la Dirección de Pesca? ¿Le faltan peces que pescar? ¿Se le hace chico el océano para echar sus anzuelos y sus redes? Si no hubiera tanta abundancia de pescado se comprendería que nos molestaran; pero no hay tal escasez. Nos matan únicamente por un capricho femenino. ¡Con razón dicen los hombres que en todo crimen hay siempre una mujer!

El auditorio de lobos marinos agita con entusiasmo las aletas:

- ¡Bravo, bravo! - ¡Eso es hablar! ¡Abajo las mujeres! ¡Mueran los industriales zapateros! ¡Abajo la Dirección de Pesca y Caza!

Claro está que nada de esto, lo oyen los inspectores; pero no cabe duda de que las focas lo dicen.

Entre estos malditos animales existe la costumbre inveterada de la murmuración. Todo lo juzgan con criterio egoísta y no comprenden que sea buena una medida cuando está de por medio su piel. No les entusiasma la reglamentación. Lo único que les preocupa es salvar el pellejo.

Año de 1932

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile